

Distribución espacial de la población de América Latina

Rasgos distintivos y tendencias de cambio

Miguel S. Villa

Jefe Area de Población del CELADE

Las siguientes líneas tienen el propósito de entregar un panorama sintético de las modificaciones experimentadas, a lo largo de los últimos cuarenta años, por la distribución de la población a través de los espacios de América Latina. Dado a su carácter resumido, esta presentación —basada en estudios realizados en el Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE)—, no incluye referencias bibliográficas. Además, en razón de la naturaleza macrogeográfica de la escala usada, las menciones a los países sólo tienen un carácter ilustrativo.

1. Un poblamiento heterogéneo y una elevada urbanización

El proceso de redistribución de la población de América Latina durante la segunda mitad del siglo XX ha combinado los efectos de las seculares tensiones concentradoras con una ampliación de los horizontes de ocupación territorial. El fortalecimiento de la concentración no impidió la apertura de las "fronteras internas". Una contribución importante a la paulatina reducción de los históricos despoblados ha sido aportada por los avances hacia las cuencas del Amazonas y del Orinoco que, con un 40% de la superficie regional, quintuplicaron sus habitantes entre 1950 y 1995. Como consecuencia de estas tendencias centrípetas y centrífugas se ha generado una yuxtaposición de pautas de concentración y dispersión, cuyo dinamismo demográfico contrasta con la pérdida de importancia relativa de algunas zonas de viejo poblamiento y base

económica esencialmente agroextractiva.

Un atributo sociodemográfico distintivo de América Latina entre las regiones de menor desarrollo es su elevado grado de urbanización. En 1950, sólo 40% de los latinoamericanos habitaban centros urbanos; hacia 1995, el 74% de la población total era considerada como urbana. Si bien el grado de urbanización de los países aumentó, el ritmo de incremento de tal proporción —o tasa de urbanización— exhibió fluctuaciones. Se aceleró entre 1930 y 1950, cuando el crecimiento demográfico fue propulsado por el intenso descenso de la mortalidad y, en algunos casos, por la inmigración internacional: transcurrida la primera mitad del siglo XX, y tras alcanzar una mayoría urbana, la tasa de urbanización regional perdió bríos, lo que aconteció inmediatamente antes de generalizarse, entre la población total, la tendencia hacia una drástica reducción de la fecundidad, cuyos primeros síntomas se presentaron en contextos urbanos.

Siguiendo cursos distintos, varios países comienzan a asemejarse en cuanto al grado de urbanización alcanzado. Esta aparente tendencia convergente coincide con la asociación negativa entre porcentaje urbano y tasa de aumento del mismo. Así, en Argentina, Chile y Uruguay, que cuentan con un alto grado de urbanización, este indicador aumentó ligeramente en las últimas décadas. En cambio, hacia 1990 el dinamismo urbano observado en un elenco de países —Bolivia, Ecuador, Honduras, Paraguay y República

Dominicana— permite esperar importantes ascensos en el porcentaje urbano de sus respectivas poblaciones totales.

2. Urbanización y crecimiento urbano

El examen del proceso de urbanización requiere considerar sus fuentes de alimentación demográfica. Para ello conviene distinguir entre dos términos que, estando íntimamente relacionados, presentan significados diferentes: urbanización y crecimiento de la población urbana.

Mientras la urbanización es un proceso finito —que se agota cuando toda la población deviene urbana y se extingue su componente rural—, el crecimiento urbano alude al incremento en el número de residentes en localidades urbanas fenómeno que puede proseguir aún si toda la población adquiere la calidad urbana, dado que siempre dependerá del saldo entre nacimientos y defunciones.

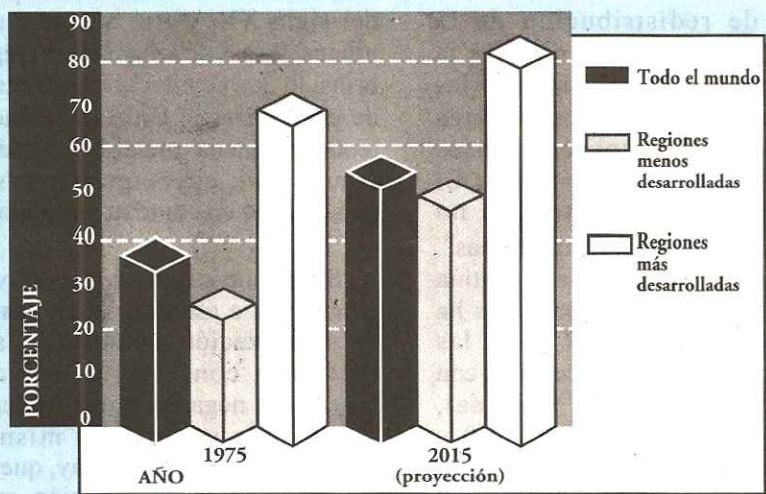
Las evidencias empíricas indican que las tasas de crecimiento natural de la población urbana de América Latina se ubican por debajo de las de su contraparte rural. Esto se

debe a la mayor fecundidad prevaleciente en las áreas rurales. Sin embargo, las tasas de crecimientos total de la población urbana son sistemáticamente mayores que las del medio rural. Esto permite sostener que el aumento del grado de urbanización se debe esencialmente a los aportes de la migración neta rural urbana y la reclasificación de localidades; sin estos aportes, la población latinoamericana se habría ruralizado porque el ritmo de aumento natural de las áreas rurales ha sido más vigoroso. Si la urbanización regional muestra un signo ascendente es porque la población rural contribuye, mediante su traslado o la reconversión de sus asentamientos, a elevar la proporción urbana.

En cambio, se ha detectado que, en promedio, menos de las dos quintas partes del crecimiento de la población urbana se ha debido a esa transferencia neta; los tres quintos restantes son imputables al efecto del propio crecimiento natural de la población urbana.

En suma, el crecimiento de la población urbana se ha debido principalmente a su propio incremento demográfico y, en menor medida, al aporte inmediato de la migración

Urbanización en 1975 y 2015, aumento de la población urbana



FNUAP, Estado de la Población Mundial 1995

Fuente: Naciones Unidas, División de Población, World Urbanization Prospects: the 1994 Revision (Publicación de las Naciones Unidas, de próxima aparición)

de origen natural; en cambio, la urbanización —o porcentaje urbano de la población total— se ha nutrido fundamentalmente de la transferencia demográfica neta entre áreas rurales y urbanas.

Estos datos ponen en tela de juicio apreciaciones como las que postulan que el aumento de los efectivos urbanos se debería a una "desmesurada" migración procedente del campo, percepción que surge de confundir urbanización y crecimiento urbano. Tal distingo contribuye a elucidar el papel del crecimiento natural en el medio urbano, antecedentes necesarios de los intentos de modificar las tendencias de la distribución espacial de la población.

Si el aumento en el porcentaje urbano de la población regional ha sido notable, las cifras absolutas involucradas parecen más impresionantes. En efecto, el número de habitantes urbanos de la región aumentó de 33 millones en 1930 a 66 millones en 1950 y a 304 millones en 1990, una virtual decuplicación en sesenta años. Cuando el ritmo del incremento del porcentaje urbano tendió, después del decenio de 1950, a disminuir, otra faceta del proceso se hizo gravitante: el ámbito urbano comenzó a cobrar proporciones mayores del crecimiento demográfico total; en las dos décadas previas a 1990 casi todo el aumento de la población latinoamericana fue "absorbido" por el medio urbano. Diferente ha sido la trayectoria de la población rural; aunque, en general, ha presentado tasas de crecimiento natural superiores a las de su contraparte urbana el impacto de la migración neta y de la reclasificación de la localidades erosionó su potencial demográfico.

3. Anemia demográfica y dispersión de la población rural

A raíz de estas tendencias, los habitantes rurales de América Latina apenas se acrecentaron (de 70 millones en 1930 a 93 millones en 1950 y a 123 millones en 1990), «asimilando» sólo un 12% del aumento demográfico total en los últimos 40 años. Luego, a escala regional, la población rural presenta una relativa estabilidad de su

magnitud absoluta, y su tasa de crecimiento entre 1970 y 1990 fue inferior a 3 por mil. En todos los países se constata un ritmo de crecimiento demográfico rural ostensiblemente inferior al urbano, y en los de mayor grado de urbanización los residentes rurales han disminuido en términos absolutos. Sin embargo, en algunas naciones, donde el porcentaje urbano es relativamente bajo y el crecimiento demográfico rápido —como Guatemala y Nicaragua—, el medio rural mantiene su dinamismo.

Cuando se examina la evolución de la población del campo latinoamericano, se debe tener presente su alta dependencia respecto del agro, atributo acentuado por la declinación de las bases rurales de otras actividades económicas. De hecho el grado de urbanización de los países muestra una correlación negativa con el porcentaje de población económicamente activa en labores agropecuarias. Esta especialización productiva sugiere que el destino rural está estrechamente vinculado a los procesos desencadenados en las estructuras agrarias, que influyen decisivamente sobre las opciones laborales.

El grueso de la población rural —formada por estratos campesinos— se distribuye entre una miríada de asentamientos pequeños (menores de dos mil habitantes). Esta dispersión limita a posibilidades de atender las necesidades básicas de una población con agudas carencias en cuanto a salud, educación y otros servicios esenciales (agua potable, alcantarillado o electricidad) la provisión de estos elementos dados los patrones de dispersión demográfica, resulta extremadamente onerosa. Asimismo, las deficiencias organizativas del campesinado obstaculizan su participación en los procesos de decisión ciudadanos y la representación de sus problemas.

4. Población y diversidad rural: continuidad y cambio

Una condición persistente de la agricultura latinoamericana es la precariedad, realzada porque la población rural carece de tierras o tiene escaso acceso a este recurso; en siete de

los países de mayor ruralidad demográfica esta situación afecta a más de las dos terceras partes de las familias campesinas. Tales restricciones han conducido a la proliferación de explotaciones minifundiarias, donde subsiste una población campesina que —carente de expectativas de movilidad social y firmemente apegada a pautas culturales de tipo "tradicional"— se reproduce a ritmos acelerados. Esta fecundidad es suficientemente elevada como para que, de modo habitual, el número de hijos por mujer campesina duplique la cantidad de descendientes tenidos, en promedio, por las mujeres que residen en el medio urbano de cada país.

No obstante su significativo aporte a la generación de alimentos básicos, el progreso de la agricultura campesina es inhibido, entre otros factores, por la limitada valoración otorgada a sus funciones de producción y por el histórico protagonismo de las estructuras patronales. De ello emergen los desajustes en la vinculación entre la población y los recursos naturales renovables. Por cierto, la fuerte inequidad en la distribución de la tierra se convierte en elemento cardinal de las restricciones que el agro presenta ante las expectativas de una genuina transformación productiva que pudiera promover en elevación de las condiciones materiales de vida rurales.

La ausencia de organización, la falta de asistencia técnica y las dificultades de acceso al crédito, originan una continua presión de los campesinos sobre la tierra, con la consiguiente sobre explotación de los recursos básicos y el surgimiento de excedentes relativos de población, que encuentran escape en los desplazamientos territoriales, permanentes o estacionales. Con todo, la reproducción de la cultura rural en el ámbito campesino, y en particular dentro de las comunidades indígenas, configura un importante factor de retención de población; esto permitiría entender la no migración de segmentos rurales pese a sus condiciones de pobreza.

Resulta paradójico constatar problemas de presión de tierra en una región con una posición ventajosa frente a otras en cuanto la

disponibilidad de suelo de cultivo, praderas y bosques. Aun más los países de menor grado de ruralidad, donde esos recursos son, en general, más abundantes, han mostrado menos capacidad para retener población rural. Esto permite poner en evidencia que la pobreza rural no sólo se origina en el aumento de la densidad de población respecto de los recursos renovables sino, más bien, en la falta de equidad distributiva. De este modo, aun cuando el valor de la producción agrícola se triplicó entre 1950 y 1990, más del 60% de la población sigue integrando los estratos pobres de América Latina; si bien hacia 1990 la pobreza comenzó a adquirir magnitudes absolutas mayores en medio urbano, su incidencia relativa en el campo es ostensiblemente superior.

A su vez, las nuevas modalidades de organización empresarial han introducido el trabajo asalariado y semiasalariado, pero sólo una fracción de tales trabajadores logra una inserción orgánica y estable en el proceso productivo; la gran mayoría está sujeta a formas de contratación segmentadas en el tiempo, lo que ocasiona inestabilidad laboral, largos períodos de desempleo, movilidad espacial y desarraigo. Pese a ello, la dinamización relativa del agro, especialmente durante la crisis de los años ochenta significó la creación de mercados de trabajo rurales que atraen —por temporadas— población urbana desempleada.

Aun cuando la antigua tendencia al decrecimiento del aporte del sector agrícola al interno bruto se detuvo —y hasta se invirtió— entre 1981 y 1989, parte de este aparente avance es imputable a los efectos de la crisis económica sobre los demás sectores, revelando la capacidad amortiguadora de la agricultura frente a las perturbaciones macroeconómicas.

Es efectivo que a lo largo de la década de 1980 —como la primera mitad de la de los años noventa— ha habido importantes logros en la agricultura de aquellos países que expandieron sus exportaciones no tradicionales (tales como frutas tropicales y de climas templados, flores y soya). Pero también es efectivo que diversas insertidumbres se

ciernen sobre el horizonte futuro de las nuevas actividades agroexportadoras, que tanto inciden en la generación de puestos de trabajo estacionales. Los bienes producidos corresponden, por lo común, a rubros de demanda fluctuante, cuya oferta es sensible al surgimiento de nuevas fuentes de oferta, incluida la posibilidad de sustitución en los propios países importadores. La "modernización" agrícola ha sido acompañada también de serios problemas ambientales, propios de estilos de producción que hacen uso intensivo de insumos químicos; desde luego, el empleo de estos insumos entraña riesgo de salud para los trabajadores.

Además, la elevada estacionalidad del empleo —que es uno de los rasgos distintivos de la agricultura "moderna"— origina serios problemas en cuanto a la atención de las necesidades básicas de una mano de obra esencialmente móvil. Por último, como este tipo de explotación implica varias escalas de producción, su desarrollo presiona sobre nuevas tierras, obtenidas, a menudo, a costa de los pequeños propietarios; así, la "modernización" se convierte en un factor de descampesinización desplazado del medio rural, esos campesinos encuentran "refugio" en áreas urbanas, desde donde ofrecen su fuerza de trabajo de las faenas agrícolas.

Como reflejo de las transformaciones económicas y sociales de la posguerra la región ha experimentado un radical cambio en las modalidades de la distribución espacial de la fuerza de trabajo. En 1950 más de la mitad de la población económicamente activa regional se encontraba en el campo; en 1990 esa fracción se redujo a menos de un tercio. Durante los cuarenta años previos a 1990 la fuerza de trabajo de América Latina creció a tasa de media anual de 2.6%, mientras que la ligada a la agricultura aumentó a un ritmo de 0.8%. Estas cifras ilustran la intensidad de la transferencia de activos rurales hacia sectores de base urbana.

5. La concentración urbana parece transitar hacia nuevos destinos

En contraste con la dispersión rural, el medio urbano latinoamericano presenta

grandes núcleos de concentración que —según se sostenía hace unos pocos años— parece poseer un ritmo de expansión incesante. Aunque algunas cifras del pasado daban pábulo a tal aseveración, antecedentes recientes sugieren que esa afirmación es solo parcialmente cierta. Hacia 1950 la región contaba con 7 ciudades de más de un millón de habitantes; en 1970 su número llegaba a 18 y en 1990 a 37. La población de estos centros aumentó de 17 millones de personas en 1950 a 117 millones en 1990, alcanzando una magnitud similar a la del total de residentes rurales de la región. Aun más, mientras que en 1950 sólo una ciudad excedía los 5 millones de habitantes, en 1990 había cinco en esa condición, con un total de 57 millones de personas.

Pero la evolución de las localidades mayores muestra que su crecimiento demográfico ha perdido ímpetu: la tasa media anual de incremento del grupo de las 37 que superaban el millón de habitantes en 1990 descendió del 47 por mil entre 1950 y 1970 al 26 por mil entre 1970 y 1990. Como resultado, esas ciudades disminuyeron su peso relativo dentro de la población urbana regional (41% en 1950 y 38% en 1990), aunque lo aumentaron respecto de la población total (17% en 1950, 25% en 1970 y 27% en 1990). La desaceleración del crecimiento de las 7 ciudades que ya tenían más de un millón de habitantes en 1950 ha sido mayor: su tasa anual se redujo del 41 por mil entre 1950 y 1970 al 20 por mil entre 1970 y 1990; mientras en 1950 esas 7 ciudades reunían el 26% de la población urbana de América Latina, en 1990 su incidencia se reducía al 19%. No obstante esta pérdida de importancia relativa dentro de los sistemas urbanos nacionales, la metropolización ha seguido aumentando su escala y configurando regiones urbanas o semi urbanas de vastas dimensiones territoriales.

Al contrario de lo observado en los años cincuenta, las áreas metropolitanas mayores (Ciudad de México, Sao Paulo, Buenos Aires, Rio de Janeiro, Santiago, Caracas) han perdido importancia relativa dentro de los contextos urbanos nacionales. Este fenómeno se constata en países de diverso tamaño demográfico, siendo particularmente nítido en Cuba. Junto

con esta atenuación del dinamismo demográfico ha aumentado la desigualdad espacial de los patrones de crecimiento demográfico intrametropolitano: las zonas centrales pierden población y experimentan un envejecimiento de la que sigue residiendo en ellas; en tanto, las áreas exteriores de las urbes se expanden velozmente, rejuveneciéndose las estructuras por edad. Este proceso, alimentado por el manejo especulativo del suelo, implica una acentuada movilidad residencial, serias presiones sobre los recursos públicos e importantes repercusiones ambientales.

Todo parece indicar que las grandes metrópolis latinoamericanas seguirán aumentando su escala y configurando amplias regiones urbanas o suburbanas en su entorno cada vez más amplios. Algunas de estas ciudades alcanzan magnitudes inéditas y tres de ellas se cuentan entre las diez más pobladas del mundo. Esta expansión desafía las capacidades de gestión urbana.

Aunque la concentración contribuye a generar economías de aglomeración, también involucra grandes problemas, como se deduce de las deficiencias en la satisfacción de necesidades humanas, el deterioro ambiental y la congestión. No es claro, sin embargo, que haya un vínculo causal directo entre tales problemas y el tamaño de la población de las ciudades; en rigor algunos obedecen a limitaciones inertes a las sociedades dentro de las cuales surgieron esas entidades urbanas.

6. Problemas que afectan a las metrópolis y a las ciudades de rango medio e inferior

Las grandes ciudades exhiben numerosos ejemplos de dilapidación de recursos que no pueden imputarse exclusivamente a las tendencias demográficas como sucede con el diseño de infraestructuras físicas ajustadas a sus instancias de mayor utilización —lo que motiva capacidades ociosas— y la prematura destrucción de conjuntos edilicios, junto con la persistencia de terrenos sin edificar —mantenidos en reserva, a la espera de su valorización en el mercado inmobiliario. Las grandes ciudades también brindan ejemplos

de repercusiones sobre el medio natural, como las derivadas del empleo de tecnologías que ponen en riesgo la sustentabilidad— que hacen uso masivo de energía, generan desechos de difícil disposición o contaminan el aire y el agua. Además, las inequidades de los estilos de apropiación del espacio, la vivienda y el transporte —que se manifiestan con singular intensidad en las grandes ciudades— se convierten en mecanismos de reproducción ampliada de la segregación dentro de los ambientes sociales metropolitanos.

Tampoco pueden desconocerse que algunos requisitos para el funcionamiento de las estructuras metropolitanas —en particular los relativos a infraestructura física— comprometen ingentes recursos. Transcendidas ciertas magnitudes de demanda, se hace preciso adoptar tecnologías costosas, como sucede en el ámbito de transporte y la vialidad. La decisión de postergar las inversiones —a veces motiva por restricciones económicas coyunturales— deja a la población de las grandes ciudades, particularmente a los grupos más desfavorecidos, expuesta a una mayor vulnerabilidad social y riesgo de importancia, por ejemplo, en materia de salud. Por lo demás, si bien es efectivo que los esfuerzos requeridos para satisfacer las necesidades de los habitantes metropolitanos son grandes, no existen evidencias claras en cuanto a que una localización alternativa de los recursos puede asegurar —dado un cierto monto de inversión— beneficios mayores o coberturas más amplias.

Sin perjuicios de los problemas mencionados se presenten con especial nitidez en las grandes ciudades, los orígenes de los mismos se encuentran en otros planos de la realidad social y económica, este es un caso en que la apariencia no es un sinónimo de la esencia. Ello lleva a sugerir que los retos no radican en la magnitud demográfica absoluta de las grandes ciudades si no en la forma en que el tamaño pueda existir sin que se acumulen adversidades como las apuntadas. En estricto rigor, dadas sus íntimas relaciones con otras dimensiones de las modalidades de desarrollo imperantes —entre cuyas

manifestaciones se encuentran los patrones de consumo—, aún en el hipotético caso que estas urbes dejaran de crecer, problemas como los apuntados seguirían haciéndose presentes.

No menos severos que los problemas en las áreas metropolitanas, son los observables en localidades de menor tamaño y rápido incremento demográfico. Algunos de estos centros urbanos son "nuevos" y su crecimiento ha sido estimulado por la explotación de recursos de localización fija, la promoción de grandes proyectos económicos, la concesión de incentivos fiscales o la ocupación de la "frontera interior". En ciertos casos, su futuro es incierto porque la insistencia misma de las localidades depende de las fluctuaciones de su actividad principal, y a veces única. Son numerosos los ejemplos de lo difícil que es mantener vigentes las ventajas comparativas que han dado lugar al dinamismo demográfico de estos "nuevos" centros urbanos.

Además, lo "nuevo" de estas localidades no se expresa sólo en sus atributos físicos sino también en sus habitantes. Una alta proporción de migrantes recientes —en su mayoría, adultos jóvenes que están iniciando su vida laboral y familiar— implica una cierta inestabilidad: son frecuentes las dificultades que experimentan los migrantes en su afán de insertarse dentro del contexto socioeconómico y cultural del lugar del destino.

Bajo tales condiciones, se registran carencias en la satisfacción de necesidades fundamentales de las personas, situaciones de vulnerabilidad social y expresiones de desaliento. Asimismo, los episodios de poblamiento abrupto traen aparejadas importantes repercusiones ambientales, que se manifiestan tanto en el espacio urbano —a veces, desestructurado— como en su entorno cercano.

Con todo, las ciudades de rango intermedio, así como algunas de tamaño menor, parece haber fortalecido su posición dentro de los sistemas urbanos nacionales. Además de la que pudieran catalogarse como "nuevas" en su sentido más puro, existen otras

que se localizan dentro de microrregiones que se han visto estimuladas por los impulsos de la diversificación de exportaciones dentro de un contexto de "globalización". Hay también varios ejemplos de ciudades que han capturado externalidades económicas que se derivan de localizaciones vecinas a las fronteras externas de los territorios nacionales.

Por último, hay diversos casos de centros de rápido crecimiento demográfico situados bajo el "cono de sombra" de las aglomeraciones metropolitanas, lo que le permite operar como suburbios residenciales o satélites funcionales de estas grandes ciudades.

A pesar de los problemas que se aprecian en las ciudades intermedias y pequeñas de intenso crecimiento demográfico, las mismas suelen ser vistas como potenciales alternativas de radicación de los efectivos humanos que, de otra forma, pudieran encontrar sus destinos en las grandes áreas metropolitanas. No es del todo claro, sin embargo, que este tipo de desconcentración relativa de la población pueda favorecer la satisfacción de las necesidades humanas o atender las tan postergada "deuda social". El fortalecimiento de las localidades de rango intermedio y de tamaño menor también se ha interpretado como un signo del surgimiento de embriones de descentralización. Pero tampoco es del todo claro que una eventual redistribución de la población entre ciudades de rango medio y tamaño pequeño se convierta en garantía de una más auténtica participación de la sociedad en la toma de decisiones sobre asuntos que son de su incumbencia.

En suma, como ocurriese con el viejo debate ocasionado por la búsqueda de un "óptimo" de población, las evidencias históricas de América Latina permiten sugerir que no hay certeza respecto a una modalidad de distribución espacial de la población que pueda ser más "apropiada" que otras. Más apropiada, por cierto, en el sentido de constituir un factor facilitante de un proceso de desarrollo que, además de involucrar un crecimiento económico sostenido, sea genuinamente sustentable en términos sociales y ambientales.